

REINOS OLVIDADOS

EL  
PRÍNCIPE  
DE LAS  
MENTIRAS

AVATAR - VOLUMEN 4

JAMES LOWDER

Este título continúa la serie Avatar, publicada en ediciones en rústica (Las Tablas del Destino, Tantras y Aguas Profundas). En esta serie los dioses son expulsados y vagan por los Reinos tratando de recuperar sus antiguos poderes, lo que genera una lucha en la que los héroes tendrán que enfrentarse a los dioses malignos para evitar que se hagan con las Tablas del Destino. Para ello tendrán que encontrar al sabio Elminster. En esta cuarta entrega los dioses han sido devueltos a su lugar pero el héroe Kelemvor Lyonsbane todavía tendrá motivos por los que luchar.

A J. E Marcolini, por dos décadas de amistad

## Prólogo

Gwydion no tenía salvación, pero de todos modos seguía corriendo. Apodado «el Veloz» por el sargento de su compañía de los jactanciosos Dragones Púrpura de Cormyr, Gwydion había vencido a todos los que se habían atrevido a desafiarlo en la carrera. Era capaz de correr como una centella desde un extremo al otro del largo Paseo de Suzail sin inmutarse, mientras que los aspirantes a su título empezaban a jadear mucho antes de llegar a la Torre de Vangerdahast, situada a medio camino. Siendo explorador, durante la cruzada, había superado a tres jinetes de Tuigan para entregar un mensaje al rey Azoun. Tan grande era su fama que nadie, por más escéptico que fuera, se habría atrevido a cuestionarlo, aunque nadie más hubiese presenciado la sorprendente hazaña.

Sin embargo, hasta el propio Gwydion dudaba de que la ligereza de sus pies pudiera salvarlo ahora, como tampoco había conseguido salvar a lady Cardea el precioso arco construido por los elfos, ni había librado del mal a Aram Scragglebeard la multitud de encantamientos. No, los cuervos carroñeros que poblaban el cielo gris como el acero estaban allí por él y por sus compañeros caídos.

Una vez que hubo trepado hasta el pie del acantilado, Gwydion se volvió a mirar la meseta. Las sombras crepusculares que envolvían la faz rocosa estaban salpicadas aquí y allí por rutilantes carámbanos y parches de nieve. Al comienzo de la senda, recortado contra el sol que se ponía a sus espaldas, estaba el gigante. Parecía nada menos que un castillo asentado sobre la repisa rocosa, y sus botas eran

como torres de vigía, sus manos como sólidos balcones, y el astado casco, el alto y almenado tejado. Allí estaba, inmóvil, mirando a Gwydion con sus helados ojos azules. De repente, dio un salto adelante.

—¡Por el corazón de Torm! —dijo Gwydion con voz entrecortada al tiempo que salía corriendo a toda velocidad.

Al posarse sobre el suelo, el gigante dio la impresión de cubrir todo el cielo y su sombra se tragó al hombre que huía. Con sorprendente agilidad, el gigante saltó una, dos, y finalmente tres veces mientras corría por la escarpada pendiente rocosa. Sus botas claveteadas de hierro desprendían cantos rodados que pasaban por uno y otro lado del petrificado mercenario. Ráfagas de nieve en polvo se arremolinaban en el aire mientras las rocas llegaban al claro. Los cuervos carroñeros se apostaron en un lugar más seguro, como puntos negros relucientes en medio de la nieve pulverizada.

Cada vez que el gigante apoyaba el pie en el suelo, la tierra temblaba, y muchas criaturas tenebrosas de las Grandes Tierras Grises de Thar eran arrancadas de su intranquila somnolencia.

—¡No puedes escapar de Thrym! —bramó el titán blandiendo un hacha de batalla adornada con las plumas de grifos y de águilas gigantes.

Gwydion cargó campo a través, tratando de llegar al río de rápida corriente que estaba a algunos cientos de pasos por delante. Si conseguía dar con el bote que habían ocultado allí tendría la posibilidad de burlar a Thrym. Si no...

Gwydion apretó los dientes y corrió.

El claro bajaba desde el acantilado en pronunciada pendiente y la manta de nieve recién caída sólo se veía interrumpida por algunos montones de piedras, por matas de nudosos tejos y por las huellas dejadas horas antes por Gwydion y por sus dos compañeros cazadores de tesoros. Trataba de seguir esas huellas en la medida de lo posible para evitar caer en los barrancos ocultos bajo la nieve. De ca-

mino a la guarida del gigante, Cardea había caído en uno de esos agujeros, uno especialmente profundo. Gwydion pensó con tristeza que seguramente habría echado la culpa de su deficiente comportamiento ante Thrym a la torcedura del tobillo de no ser porque en ese momento se encontraba rota sobre la meseta.

Echó una mirada fugaz por encima del hombro. Thrym venía detrás de él a grandes zancadas levantando una nube de nieve. Por cada cinco pasos de Gwydion, el gigante sólo daba uno, y a pesar de todo seguía ganando terreno.

Para cuando Gwydion avistó la fisura en la que tanto daño se había hecho Cardea, ya le llegaba el hedor de las pieles sin curar que Thrym llevaba debajo del peto. El mercenario dejó entonces que sus rodillas se doblaran y cayó dolorosamente dentro de la fisura. A continuación, palpándose las magulladas costillas, hizo lo posible por encogerse dentro del agujero.

El gigante, que iba demasiado rápido como para pararse de golpe, cubrió de un salto la hendidura. Volteó el hacha al pasar, pero lo único que consiguió fue esparcir otra delgada nube de nieve en el aire, además de disuadir a Gwydion de cualquier intento de alcanzar el río y la barca.

Al pasar silbando la hoja del hacha cerca de la cara del mercenario, lo único que vio éste fue la sangre que cubría la mellada cabeza del arma. Pensó que tal vez fuera la sangre de Cardea, o quizá incluso la de Aram, aunque no se había quedado el tiempo suficiente para presenciar el terrible final del mago. Pensó que tal vez el siguiente golpe pusiera un triste final a una vida de aventura y a su carrera como espada de alquiler.

—Lo que sea, Torm —gimió Gwydion—. Haré lo que sea si me permites vivir lo bastante para volver a ver Cormyr. —La plegaria del mercenario al dios del Deber carecía de toda credibilidad, lo mismo que todos los juramentos que había hecho en momentos de desesperación, pero no cayó en saco roto.

«Ven a mí, Gwydion».

Las palabras le sonaron insistentemente dentro de la cabeza aunque no eran más que un susurro. A continuación, ante los ojos llorosos del hombre, brilló una luz fugaz. Sin palabras, indicó al mercenario que cavara un túnel en la nieve que llenaba la hendidura. Gwydion obedeció sin rechistar, sin dudar ni un solo instante de que algún poder superior se había apiadado de él. Esas cosas no eran raras en Faerun, una tierra donde los dioses adoptaban avatares mortales de vez en cuando, y donde los milagros sólo conocían los límites impuestos por la fe y la imaginación.

Después de cavar hacia adelante un trecho equivalente a la estatura de un enano, Gwydion sintió que la nieve se removía debajo de él.

«Cava más hondo», le indicó la voz. Las palabras le hicieron desaparecer el frío de los miembros temblorosos y enmascararon el dolor de sus manos sangrantes.

A través del frío manto que lo cubría llegaban las voces airadas de Thrym. Las pisadas se acercaban nuevamente haciendo retemblar el suelo bajo las pesadas botas. Aspirando hondo, Gwydion cavó en la dura nieve que había debajo de sus pies como un conejo que tratara de abrir una madriguera para huir de un zorro hambriento. De repente, el manto de nieve que lo cubría desapareció esparcido por un manotazo de la callosa mano de Thrym.

—¡Ja! ¿Crees que puedes burlarte de mí con una treta tan vieja como ésta? —dijo Thrym con sorna. Su voz sonaba tan fría como los carámbanos que le colgaban de la barba rubia y sucia.

Gwydion alzó la vista hacia el gigante, cuyas botas de hierro se elevaban como las paredes de una prisión a ambos lados de la hendidura. Las piernas cubiertas con unas pieles moteadas terminaban en un desvencijado peto que otrora había sido la puerta frontal de un palacio de Vaasa. La cara del gigante, a tres pisos por encima de Gwydion, quedaba oculta casi totalmente bajo la descuidada barba y

el enorme yelmo, pero los ojos relumbraban en medio de toda esa maraña. El gigante entornó los ojos al tiempo que levantaba el hacha muy por encima de su cabeza.

«No tengas miedo —susurró la voz en la mente de Gwydion—. *Tus ruegos han sido escuchados*».

La nieve en la que se apoyaba el mercenario se separó. Con un grito de sorpresa, Gwydion cayó por el agujero y se deslizó por un desgastado y marmóreo tobogán. Por encima de su cabeza, el hacha del gigante golpeó el suelo, haciendo caer una lluvia de nieve y tierra por el tobogán en pos del mercenario.

Gwydion tropezó y se dejó caer hasta enderezarse. Acababa apenas de conseguirlo cuando el tobogán lo depositó en una pequeña cámara hecha por manos humanas. Se quedó allí sentado durante un tiempo, atontado, cubierto de sangre y de tierra y chorreando nieve derretida. No reparó en estas incomodidades ni oyó las terribles promesas de torturas, rituales de dolor y sufrimiento perfeccionados a lo largo de los siglos por los chamanes de los gigantes de la escarcha.

—Debes postrarte ante tu dios.

La orden tardó un instante en penetrar en la bruma de miedo y de temor reverencial en la que estaban envueltos los pensamientos de Gwydion, hasta que finalmente parpadeó, balbució una muda plegaria y apoyó la frente sobre el terso suelo de mármol. El dios dejó que Gwydion permaneciera en esa incómoda postura durante largo rato.

—Puedes mirarme, Gwydion —dijo por fin, y el mercenario alzó tímidamente la cabeza.

Sus ojos tardaron algún tiempo en adaptarse a la deslumbrante claridad que inundaba la cámara, pero cuando lo consiguieron, Gwydion vio que el extranjero era alto, con una estatura que duplicaba la suya con creces. La figura cubierta con una armadura irradiaba oleadas de poder, de férrea autoridad, como irradia calor un fuego rugiente. Alzó una mano cubierta con un guantelete y las heridas del mer-



cenario se curaron de forma instantánea. El miedo y la confusión le desaparecieron de la mente engullidas por el conocimiento divino. Una fría claridad mental se asentó sobre Gwydion, y esta nueva comprensión le hizo ver palpablemente la realidad innegable que sacudió el centro mismo de su ser: estaba en presencia de Torm el Veraz, dios del Deber, patrono de la Lealtad. De eso no le cupo la menor duda.

La ornamentada armadura de Torm, más antigua que cualquiera de las que se conservaban en Faerun, era de un color púrpura desvaído, y en ella estaban reflejadas las costumbres de los más grandes guerreros dedicados a su causa. Puntas de lanza talladas con los huesos del primer dragón malvado muerto en su nombre sobresalían de las articulaciones de codos y rodillas. Del peto crepuscular que le cubría el pecho brotaban destellos, como si en él llevara incrustada una miríada de estrellas. Los ojos brillaban como dos soles gemelos dentro del yelmo de Torm mientras el dios apuntaba con su espada corta de color carne al pecho de Gwydion. La hoja palpitaba con el ritmo de un corazón latiente.

—Los hombres me llaman Torm el Veraz porque valoro la lealtad por encima de todo. Me llaman Torm el Valiente porque estoy dispuesto a afrontar cualquier peligro para probar mi respeto por el deber. —El dios tocó el hombro del mercenario con su rosácea espada—. Quien quiera llamarse seguidor mío debe hacer lo mismo.

—Por supuesto, s-s-santidad —tartamudeó Gwydion mientras sentía que un estremecimiento de terror le recorría la columna vertebral—. Lo entiendo.

—En una época lo entendías —dijo Torm, tajante—, pero te has apartado mucho de la senda de la obediencia y el deber.

Las palabras resonaron dentro del yelmo del dios como una ominosa advertencia salida del interior de un sepulcro.

—Cuando luchaste bajo el estandarte del rey Azoun entendías lo que es el honor. Me honraste sobremanera batallando contra los bárbaros tuiganos y brillaste entonces como un verdadero caballero de mi Iglesia. Pero después dejaste a los Dragones Púrpura, diste la espalda a tu deber de defender la ley y la justicia, y todo ¿para qué?, para convertirte en mercenario, en un aventurero que sólo va en pos de riquezas. —Al ver que Gwydion inclinaba la cabeza avergonzado, Torm prosiguió.

»Viniste a Thar en busca del tesoro de los gigantes de la escarcha, pero descubriste que la única recompensa que ofrecen a los tontos avariciosos es una muerte rápida. Para tus aliados ya es demasiado tarde, pero para ti todavía hay una oportunidad, una forma de recuperar el honor.

—Lo que sea, santidad —dijo Gwydion. Lágrimas de arrepentimiento le corrieron por las mejillas mientras trataba de ponerse de pie.

—Contempla entonces el descanso final de Alban Onire, Santo Caballero del Deber, conocido en su día como enemigo de todos los gigantes del mal.

Torm flotó hacia un lado, dejando ver a un agraciado joven que yacía dignamente sobre una losa de piedra. Llevaba una armadura muy parecida a la del dios. La malla parecía recién pulida y de las correas que sujetaban la armadura y del cinturón de cuero del que pendía la vaina de la espada llegaba un olor a aceite fresco.

Gwydion se pasó nerviosamente la lengua por los labios.

—He oído historias de Alban Onire, pero... —Echó una mirada a la armadura reluciente, a la expresión apacible de las facciones del cadáver—. Pero murió hace siglos.

—Este lugar se consagró en honor de las grandes hazañas de Alban —dijo Torm, que también se volvió a mirar al caballero caído—. Su alma descansa en paz, pero su cuerpo no volverá al polvo hasta que surja alguien digno que ocupe su lugar como azote de gigantes y dragones. —Len-

tamente tendió una mano a Gwydion—. En otra época gozaste de mi favor, y puedes volver a hacerlo, pero sólo si te sacudes la cobardía y asumes el peso del legado de Alban.

El mercenario trató sin éxito de que el rostro no reflejara su sorpresa. Por más que le daba vueltas en la mente, no se le ocurría ninguna razón por la que Torm lo hubiera elegido a él. Había luchado valientemente como Dragón Púrpura, enfrentándose a la muerte una docena de veces en la cruzada. Tal vez bastara con eso. Repasó mentalmente las historias de otros guerreros santificados, leyendas de hombres y mujeres a quienes los dioses habían dado poder para actuar como agentes suyos en Faerun. Muy pronto, esas visiones de gloria superaron sus dudas.

—Señor, yo no soy digno —dijo Gwydion, a pesar de que ahora tenía la certeza de que era merecedor de todos los honores con que Torm pudiera bendecirlo. Con gesto solemne, hincó rodilla en tierra como muestra de humildad.

Torm hizo un movimiento con su rosada espada.

—Levanta, heredero de la grandeza de Alban, y reclama su espada. Algunos bardos la llaman *Matatitanes*, y no les faltan razones. Un toque de su acero encantado puede hacer caer al titán más poderoso. Haz buen uso de ella.

Gwydion se acercó a la losa de mármol, levantó la vaina y sacó la espada. El arma tenía el peso perfecto y sintió su empuñadura sólida y segura en la mano. Cortó el aire con ella y la hoja se movió como una extensión de su brazo o incluso de su mismísima alma. Sonrió y mantuvo a *Matatitanes* en alto para ver cómo bailaba la luz sobre el filo de la hoja del color de la plata. Con esta espada podría hacerse un lugar en la historia de Faerun, es decir, un lugar más grande para Torm, se corrigió inmediatamente.

—Gracias, santísimo s... —las palabras se le atragantaron mientras miraba atónito en derredor.

Torm había desaparecido, lo mismo que el cuerpo de Alban Onire. Gwydion se encontró solo en una pequeña caverna oscura iluminada únicamente por la luz que entra-

ba desde la superficie por el tobogán. Tendió los dedos helados hacia la losa de mármol y sólo encontró una piedra de áspero granito sobre la cual había unos cuantos huesos antiguos y algunas piezas de armadura oxidadas. «He hecho posible que Alban pueda descansar por fin», pensó con orgullo el mercenario.

Apretó la empuñadura de la espada y, confortado por su peso, se dirigió hacia el tobogán. Un círculo de luz tenue señalaba la entrada. La luz del sol, pensó el mercenario, sobresaltado. El dios del Deber y la afilada hoja de *Matatitanes* lo habían entretenido más tiempo del que había imaginado.

Afirmando las piernas contra una de las paredes y la espalda contra la otra, Gwydion empezó a trepar por el hueco. La piedra estaba mojada, lo cual hacía que el ascenso resultara peligroso. Resbaló dos veces, y las dos veces retrocedió unos palmos antes de poder frenar la caída. *Matatitanes* se deslizó de la funda, pero consiguió coger la empuñadura antes de que la espada fuera engullida otra vez por la oscuridad. Mientras envainaba cuidadosamente el arma, el mercenario tuvo una fugaz visión de la ira de Torm. Tardó un buen rato en dominar su cuerpo tembloroso y poder continuar.

Por fin salió del tobogán a la fisura en la que se había refugiado inicialmente de Thrym. Estaba cansado por el largo ascenso, pero la expectativa del inminente enfrentamiento le daba fuerzas renovadas. Se asomó por la grieta rocosa y vio a su enemigo.

Thrym estaba disfrutando del sol mañanero, sentado contra la pared del acantilado. Los pocos cuervos que quedaban en el claro le picoteaban los brazos y las piernas alimentándose de los insectos que pululaban por encima de su mugrienta vestimenta. Un ratón se asomó por debajo del peto del gigante dando lugar a una febril actividad. Los cuervos se lanzaron en persecución del ratón, pero Thrym se despertó ante tan inusitado revuelo. Apartó a las aves de

un manotazo y éstas se dispersaron por el cielo. Sólo cuando los sonoros ronquidos de Thrym volvieron a sacudir los arbustos y sofocaron el murmullo del río, los cuervos volvieron y reanudaron su festín.

—¡En nombre de Torm, ponte de pie y enfréntate a mí!

Lentamente, el gigante abrió los ojos azul hielo y miró al insignificante hombre que tenía de pie ante sí. Después de un instante se frotó la cara con una de sus manazas, y cuando Thrym volvió a mirar descubrió sorprendido que el ladrón seguía allí.

—Es mi deber como caballero de Torm darte ocasión de rendirte —dijo Gwydion.

El gigante se puso de pie trabajosamente y el mercenario tuvo que luchar contra el impulso de salir corriendo para refugiarse otra vez en el agujero subterráneo. En lugar de eso, Gwydion recurrió a la reserva de valor que tanto tiempo llevaba sin usar. Sintió que las frías aguas de la determinación aquietaban el temblor de su alma y apagaban el asca de pánico que le quemaba el pecho.

—Debo advertirte —anunció Gwydion con aire grandilocuente—. Mi mano sujeta a *Matatitanes*, azote de todos los gigantes malvados. No puedes herirme mientras tenga esta espada. —Alzó el arma en alto admirado de los destellos que le arrancaba la luz del sol.

Thrym entrecerró los ojos, confundido. Echó mano de su hacha, que descansaba contra el acantilado como un árbol caído, y se aprestó a atacar con ella.

—Loco como una cabra —musitó mientras descargaba el hachazo.

Gwydion vio que el brazo con el que sostenía la espada rebotaba en el suelo un instante antes de sentir cómo el hacha se le hundía en el hombro. La extremidad experimentó una gran sacudida y los dedos dejaron caer el largo y ennegrecido hueso que sostenían con desesperación. No había ni *Matatitanes* ni regalo alguno de los dioses. Sintió entonces un dolor que le atenazaba el pecho y tuvo la cer-

teza de estar tirado en la nieve cubierto con su propia sangre.

—Torm —musitó Gwydion mientras el gigante se apresuraba a darle el golpe de gracia.

## 1. La vida subterránea

---

Donde un viaje inesperado conduce a Gwydion el Veloz hasta el causante de su perdición, y el poderoso y tenaz Torm intenta una defensa del honor del hombre muerto.

---

Voces entusiastas llenaban el aire. Gritos de alegría, susurros de esperanza y murmullos cargados de un desesperado anhelo de salvación se fundían hasta convertirse en un manto sonoro que se extendía por el Plano del Olvido. Las voces entremezcladas tenían una extraña fuerza, apaciguadora en su constancia, enfervorizante en su optimismo sin límites. Así eran las plegarias de los muertos recientes.

—¡Silvanus, poderoso Padre Roble! ¡Admítame en el gran círculo de árboles que es el corazón de nuestra casa en Concordant!

—Somos los hijos del señor de la Mañana, renacidos en su amor eterno. ¡Alcémonos, Lathander, como el sol en un amanecer de primavera, para renovar nuestros espíritus a tu lado!

—¡Oh, Mystra, divina señora de los Misterios, este servidor de tu gran iglesia solicita humildemente ser iniciado en los secretos de la magia, ser integrado en el tejido de poder mágico que rodea al mundo!

En el cielo despejado que cubre la planicie interminable de color blanco tiza, un estallido de luz anunció la llegada